

LA PARADOJA CRISTIANA

Los cristianos somos los seres de la paradoja: somos ciudadanos de este mundo, trabajamos en él, vivimos en él y por él damos la vida..., y sin embargo no es nuestra morada, no es nuestro final. La liturgia nos presenta hoy **dos ejemplos** de esta **paradoja** que es “**vivir en cristiano**”: la bellísima página de las Bienaventuranzas, carta magna de la felicidad evangélica y autorretrato de Jesucristo, y la descripción que hace Pablo de los criterios que tiene Dios para elegir a sus colaboradores.

El mundo al revés. ¿A quién se le ocurre decir que la humildad, la pobreza y la sencillez son actitudes fundamentales para ser felices? **Las Bienaventuranzas** resultan incomprensibles en un mundo que valora a los ricos y a los que tienen poder y desprecia y margina a los pobres y sencillos, a los de corazón lleno de mansedumbre, a los de ojos limpios, y que persigue al que trabaja y lucha por la paz y la justicia... Hace poco leía: “*La arrogancia siempre es señal de ignorancia. El que sabe que no sabe ya sabe mucho, y puede aprender; el que cree que lo sabe todo no sólo no sabe casi nada, sino que es incapaz de aprender. Para conocer la verdad hace falta una buena dosis de humildad. Y es que para ver dónde uno pisa hay que bajar la cabeza*”. En esta línea, qué oportunas las palabras de Pablo: “*Fijaos en vuestra asamblea... lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios... lo que no cuenta para anular a lo que cuenta...*”. Ya Sofonías lo anunció de parte de Dios: “*Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor*”.

En el fondo está la soberbia y autosuficiencia humanas que, especialmente tras la postmodernidad, niega todo absoluto, toda cosmovisión, toda posibilidad de alcanzar la verdad, y da como fruto una concepción dominante que pretende afirmar “sólo” lo que pase por mi razón, o lo que sienta o me apetezca; el resto o no tiene valor o no existe. Bienestar momentáneo, “*carpe diem*” sin futuro. Jesús dirá más tarde: “*Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios, y se las has revelado a los sencillos*”. Sólo el sencillo, el humilde, encuentra a Dios, porque le busca sinceramente. Sólo éste puede entender la revolución que supone el programa de felicidad que es el Sermón de la Montaña, y que tiene su preámbulo en las Bienaventuranzas. Vivir las Bienaventuranzas no es ser “bicho raro”, es una llamada a reconocer que vivimos con un pie en cada orilla de las dos que conforman el río de la vida.

No intentes explicarte esta Palabra. Más bien **acoge la Palabra**. ¡Ojalá te suene bien! ¡Ojalá tu espíritu se regocije como si algo nuevo, bello, verdadero, oxigenante y salvador... se abriera en tu vida! Si es así grita “*¡Gloria a Ti, Señor! Amén*”.

Y **guarda esta Palabra en tu corazón**, como un tesoro, una semilla destinada a producir fruto, como hizo la Virgen María ante aquel anuncio, también incomprensible, del arcángel Gabriel. Y entonces, con ella y como ella, responde “*¡Hágase en mí según tu Palabra!*”.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM, y Consiliario de Manos Unidas
y de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes